

Mi nombre es [REDACTED], y me diagnosticaron Síndrome de Asperger a los cinco años. Pero eso al principio no cambió nada de mi vida. Yo seguía siendo un niño curioso, con afinidad por la música, los dibujos animados y los libros, y al que por un tiempo le asustaba ir al colegio en Infantil. Realmente, no supe lo que era hasta los ocho años, cuando un verano conocí a otras personas con mi mismo diagnóstico. Ahí empezó mi vida como parte de una asociación de ayuda a personas con Trastorno del Espectro Autista. Ese camino, y todo lo que vino después, es lo que le debo a mis padres, que se movilizaron para dar respuesta a por qué yo parecía diferente a los demás niños.

Aun así, durante años viví sin ser consciente de lo que realmente implicaba ser Asperger. En el colegio hacía lo que se supone que hacemos los niños: ir a clase, atender al “profe” o a la “seño”, hacer deberes y exámenes... y sobre todo, relacionarse con los compañeros. Nadie cae bien a todos, y no todos te van a caer bien a ti. Pero siempre hay algunos que se fijan en tus cualidades, en aquello que te hace destacar. En mi caso, podría haber destacado por ser un poco más listo que la media entonces, o por ser de los más altos. Pero destacué por otras razones: gustos casi obsesivos, falta de entendimiento de los chistes, los dobles sentidos y las reglas de muchos juegos, y una afinidad por llamar la atención con gestos y ruidos que extraía de mis películas y videojuegos favoritos.

En resumen, era el bicho raro de la clase. Y la historia nos ofrece una perspectiva obvia y muy triste: los niños traviesos y maleducados suelen cebarse con los bichos raros.

Es desagradable confesar que uno ha sufrido acoso escolar. No hace falta decir el daño que se puede infligir en estos casos. Pero pocas cosas me parecen tan horribles *a posteriori* como darse cuenta de que te han acosado durante mucho tiempo y que tú nunca fuiste consciente de ello. Es decir, pueden mirarte raro por cómo hablas, reírse de los ruidos y gestos que haces, rodearte en el recreo de forma intimidante, inventarse mentiras sobre ti a tus espaldas, o incluso pegarte... y tú no ser consciente de que eso no es ni normal ni correcto. Y eso fue lo que me pasó a mí: sufrí acoso durante al menos mis dos últimos años de Primaria pero nunca alcancé a entender que me estaban haciendo daño.

Hasta que un día ese abuso llegó a tal punto que uno de esos abusones se arrepintió y le contó a mi madre a la salida del colegio que me habían pegado. Entonces mis padres me preguntaron por esos años de acoso, y yo les conté todo lo que me había callado.

Muchos niños víctimas de *bullying* callan por miedo a que se castigue a los abusones y éstos tomen represalias. Otros callan porque se sienten culpables de ser víctimas de ese acoso. Y algunos callan porque no saben etiquetar estas vivencias como algo horrible que no deberían vivir nunca.

Pero la clave está en si se es consciente de lo que uno vive. De normal, y muchos en vuestra condición de padres lo sabréis a la perfección, los niños no son plenamente conscientes de su entorno, sean neurotípicos o neurodivergentes. Actúan por instinto, en base a lo que ven en sus casas o en sus entornos habituales, cada paso es ensayo y error para ellos, y suelen tener reacciones de felicidad con aquello que les gusta o les atrae, y reacciones de rechazo, confusión o incluso asco ante lo que no les guste o les parezca extraño. Y en todo momento, creo que esos no perciben esas cosas conscientemente, o al menos no con la consciencia de un adulto.

Entre los niños Aspergers hay muchísima variedad. Tanto es así que no se puede “poner cara” al Trastorno del Espectro Autista. Cada uno es tan diferente como lo es cualquier otro niño neurotípico. Pero, tras analizar mi propia experiencia y conocer la de otros

muchos, yo saco dos conclusiones personales: la primera es que los niños dentro del espectro autista somos todavía más inconscientes que los neurotípicos del entorno y especialmente de nosotros mismos, y donde más se nota es a la hora de etiquetar emociones y experiencias. Y la segunda, que reunimos muchas de esas cualidades que nos hacen diferentes, y que a algunos niños les resultan extrañas o desagradables. Y como he dicho, hay quienes reaccionan con asco e incluso violencia a esas cualidades.

Si algo hace al bullying algo tan presente en niños del Trastorno del Espectro Autista, estoy seguro de que es eso: que todos, en nuestra diversidad, tenemos algo que nos haga dar la imagen de ser bichos raros, o frikis, o simplemente algo tan diferente que esos abusos no logren ni quieran comprender. Y como se ha dicho en incontables películas o series, la gente suele rechazar, e incluso temer, aquello que no comprende.

Por eso, opino que ofrecer ese conocimiento, esa apertura de consciencia, es la clave para poder separar las palabras “Asperger” y “bullying” de la misma frase. No se trata solo de que al niño neurodivergente se le informe sobre qué le hace diferente y se le ofrezca herramientas para ser una mejor versión de sí mismo. También se debería hacer hincapié en educar a los otros niños sobre la diversidad, no solo étnica o sexual, sino psicológica también. Que no todos son como ellos, que no eres solo tú y tus intereses, que hay mucho más fuera, incluso personas de tu misma edad que perciben el mundo de forma distinta. Es más, aunque cueste creerlo, quiero creer que los abusos en general tampoco son conscientes del daño que pueden estar haciendo hasta que se dan cuenta mucho tiempo después.

Por cierto, hago hincapié en el uso de palabra “cualidad” porque siempre he detestado el uso de otras como “rareza”, “defecto” o “excentricidad”. Percibimos la realidad de forma distinta, y especialmente cuando somos niños, pero no somos bichos raros o frikis, aunque haya niños e incluso adultos que insistan en querer vernos así. Somos tan diferentes como cualquier otro neurotípico. Y la salida al bullying se logra con consciencia, es decir, con educación a todas las partes; niños, padres y profesores por igual.

Aun así, cada experiencia será radicalmente diferente para cada niño dentro del espectro. No obstante, y ya para acabar, yo tengo una nota que espero que pueda dar algo de esperanza a padres cuyos hijos e hijas acaban de ser diagnosticados.

Mis padres intentaron educarme como si yo no fuera diferente a los demás, y en gran parte les funcionó. Gracias a ellos aprendí a relativizar los errores que cometía y que sigo cometiendo por efecto del trastorno. Hoy me resulta más fácil aceptar mis virtudes y sobre todos mis defectos, y puede que a otras personas como yo les ayude también, porque creo en lo siguiente: que el Trastorno del Espectro Autista no tiene salida o cura, que no es cuestión de pincharte una vacuna y se acabó, pero es algo con lo que se puede vivir perfectamente y en paz, como si fuera otra cualidad o complemento de nuestras vidas, como, por ejemplo, aquel que tenga que usar gafas.

Nosotros seremos diferentes, pero en el fondo somos iguales que todos vosotros. Muchas gracias.